

La que la trajo la niebla

(Excerpt in Spanish)

Translated by: David Heredero Zorzo

Contact of the translator: davidherederozorzo@gmail.com

3.

Ya había oscurecido del todo cuando por fin subió la cuesta que se alzaba suavemente hasta el patio de un solitario caserío. Tan solo podía distinguir un encorvado y oscuro techado de paja que albergaba bajo sí el cobertizo principal. Eran justo los adentros de esta parte del patio los que le habían alumbrado todo el tiempo el camino hasta aquí, ya que un farol colgaba bajo el techo de una especie de pajar abierto o taller. Parecía, pues, que, a pesar del crepúsculo, los lugareños aún no se habían quedado cruzados de brazos. En cualquier caso, no podía aventurar si se afanaban con el ganado o los mantenía despiertos otra cosa, porque, incluso después de alcanzar la luz y quedarse bajo ella, de nuevo un tanto inseguro, allí a la vista no había nadie. Así pues, observó alrededor, esperando, a la escucha. El espacio en el que lucía el candil probablemente fuese una fragua. No en vano, al fondo se abría de par en par la garganta de una chimenea llena de hollín y en unas estanterías junto a un yunque yacían o colgaban desordenadas unas negras herramientas. Le sobresaltó la idea de que quizás justo este taller de herrería fuera ese del cual le habían hablado (y ahora también deseaba averiguarlo cuanto antes). Pero acá, como por embrujo, seguía sin haber nadie en el patio, y tampoco se movía un alma tras los muros. Pateó el suelo para sacudirse el barro de los calados zapatos. Como este seguía aferrado a ellos, se los intentó limpiar en la hierba. A la postre, desistió, y, así, embarrado y sin cinto, se dirigió a través del soportal hasta la única puerta que había. Llamó. Y, luego, varias veces más, con más fuerza. Como nadie hacía acto de presencia, extendió su mano hacia el gran pomo, totalmente impaciente. La puerta tenía la llave echada.

Cerró los ojos y se sentó con la espalda contra el muro.

¡De verdad que todo esto era ya demasiada locura! Ya no podía ni deseaba preguntarse nada más.

Entre el techado de paja y él colgaban de una barra unas herraduras sin calzar. Había unas diferencias tremendas en sus tamaños (desde algunas como la mano de un hombre hasta otras realmente colosales) y varias estaban gastadas hasta el mismo corazón. Justo junto a él había apoyado un arado en una pilastra. Sus largos dientes estaban pulidos y brillaban como maliciosas puntas de lanza. Un cable recorría por el aire el patio desde la entrada hasta la fragua. De él colgaba inerte una pesada cadena de perro. Por suerte, el perro, que probablemente la hubiese arrancado, puesto que al final de la cadena no había ni gancho ni collar, no estaba a la vista. ¡¿Acaso podía significar eso que el caserío estaba, en realidad, abandonado?! Su destino era esperar, a pesar de todo. Ni siquiera se atrevía a concebir adentrarse otra vez en la noche y lo desconocido. Tampoco podía allanar la morada así como así, sin saber realmente en casa de quién se hallaba. Además, que por mucho que deseara cobijo y calor, tenía el mismo miedo de estos adentros sordos y silenciosos. Era este de nuevo ese extraño miedo desconocido para él hasta ahora, el que le había asaltado ya en la llanura. Un miedo que nacía de la sensación de que alguien lo miraba, deleitándose con su confusión e invitándolo a adentrarse cada vez más en lo velado y mutilante. Y, al mismo tiempo, el temor de que ya mismo no podría resistirse más, de que este horror lo devoraría entero y lo desquiciaría por completo. Entonces, por supuesto: ¿acaso podría siquiera volver al brezo donde había escondido la maleta? ¿Acaso llegaría alguna vez a Mokuš? Justo esto deseaba ahora por encima de todo. Lo deseaba más que

nunca, puesto que, precisamente en estos momentos de ansiedad, iba comprendiendo que él solo ya no podía más, sobre todo sin la misericordia de Dios. Si días antes no había creído del todo al padre Jonifacij cuando dijo que solo Mokuš podía ser su penitencia, ahora cada vez confiaba más en la conjetura de que Mokuš era realmente su sino. Había que aguantar y probarlo, pues. Al menos había que intentarlo. Por eso, sin duda, no le quedaba otra que hacer frente de nuevo a todo esto tan repugnante y ajeno. Cuando, así, buscando nuevas fuerzas en esta resolución, volvió a levantar la cabeza, le pareció que allí en la oscuridad se había movido algo.

¡Sí!

Se puso en pie y entornó los ojos.

Seguía ahí. Y venía por el patio a su encuentro.

Y se pronunció:

—¡Mmmuuuu! —bramó.

—¿En serio? —resolló Jon Urski—. ¡¿Una vaca?!

Realmente era una vaca. Junto a ella, también alcanzó la luz que caía sobre el patio desde la fragua un viejo enjuto y arrugado. Se había enrollado una correa en la palma de la mano, quedándole un considerable trozo de cuerda gorda con el que atizó enseguida al animal en el cuello. Estaba completamente malhumorado, como si antes hubiera tenido una buena riña con la vaca allí en la oscuridad. El animal, por el contrario, parecía totalmente indolente y entregado. No se estremecía con los golpes, así que ni hablar de avanzar más rápido. Tan solo volvía la cabeza de vez en cuando, como si la sujetara con sus últimas fuerzas. Entonces sus grandes ojos parecían aún más grandes. Jon Urski pensó que eran los ojos más melancólicos que había visto nunca, si bien melancolía no era el único término con el que los podría describir. En resumidas cuentas, le parecía que la vaca se iba a echar a llorar ya mismo. Entonces, el viejo la arreó con el puño de forma aún más inmisericorde para que se arrimara a la pared y la ató muy en corto a un pilar frente a la fragua.

Jon Urski carraspeó y se encaminó en su dirección por el soportal. El viejo, que para entonces seguro ya habría advertido su presencia, ni volvió la cabeza.

—Ya me extrañaba que no hubiera nadie en ningún lado —intentó aclararle su aprieto con una voz que al mismo tiempo también se disculpaba.

El señor seguía sin ni siquiera mirarlo. Se frotó la mano con la que hasta entonces había tensado y sacudido la correa. En ello se pudo oír cómo le chascaron las articulaciones.

—¡Te voy a enseñar yo! —bufó a la vaca—. ¡Te vas a llevar lo tuyo! —dijo para no zumbarla otra vez.

A continuación, entró al taller arrastrándose por el umbral para limpiarse las suelas embarradas. Jon Urski se quedó parado junto al muro sin saber qué hacer. ¿De verdad el extraño se deleitaba en su ira tanto que todo lo demás le resultaba de más? ¿O simple y llanamente estaba tan metido en sus crueles intenciones que se había quedado sordo y ciego? Sea como fuere, como no podía ser de otra forma, se le intentó acercar de nuevo.

—¡Es que seguí la luz! —alzó la voz—. ¡Era este el único signo de vida en todos los alrededores! —Se encogió de hombros y abrió las manos—. De otra forma, de seguro me habría perdido.

—¿Entonces la vaca no es suya? —soltó el viejo, y, por fin, lo miró.

—¿Mía? —se asombró, mirándole fijamente a sus diminutos ojos, de un extraño gris.

—¡Ya me parecía a mí! —expelió el otro—. ¿Cómo podría no parecérmelo? —Se agachó de nuevo y principió a recoger la chimenea. Obviamente tenía la intención de encenderla.

—Entonces, si ha pensado que el animal podía ser mío... —infirió Jon Urski—, ¿eso significa que tampoco es suya? —añadió con miedo.

—¡Venga, venga! —El otro lo miró de nuevo—. ¡Ya desde la mañana lleva berreando por los alrededores! —Arrojó con ira un leño—. Justo aquí en el alféizar se ha tumbado cuando le

ha parecido que no la veía. ¡Pero cuando he cogido el látigo, la muy bruja ha huido! Y ha vuelto a berrear sus agüeros allí abajo. ¿Cómo podría uno, después de todo esto, no saber inmediatamente cómo está el panorama?

Jon Urski afirmó con su silencio, si bien no comprendía. Obviamente el viejo le hablaba de algo que le parecía manifiesto. Por eso, no pensaba derrochar ni una palabra más. Cargó la chimenea con unos gordos leños y, después, zumbó las brizas con una hachuela de carpintero. Mientras lo hacía, mascullaba constantemente para el cuello de su camisa y de tanto en tanto también amenazaba a la vaca con alguna imprecación. A Jon Urski, que se tambaleaba a su lado como un corderito, le entró frío de nuevo. Únicamente esperaba a que el hombrecillo por fin encendiera el fuego. Pero el malvado principió a recoger las inmediaciones del yunque sin prestar atención ninguna al castañeteo de sus dientes. Parecía también no darse tanta prisa ya. Toda su destreza y su indudable habitual conducta se convirtió poco a poco en una especie de procedimiento ceremonioso en el que era necesario analizar y preparar todo hasta el más mínimo detalle. Tal meticulosidad era una virtud de todos los buenos maestrillos, eso lo sabía bien el forastero, pero ahora de ninguna manera podía descifrar a qué se disponía en verdad el fulano. Lo más probable, eso le parecía, era que el viejo planeara, en resumidas cuentas, sacrificar al animal. Eso acabó preguntándole al final, después de un largo titubeo.

El señor irguió de verdad por primera vez su jorobada espalda y lo miró directamente a los ojos, parpadeando. El asombro y una burla malevolente carcajearon simultáneamente en su chupada y curtida faz de viejo, repleta de arrugas y surcos.

—¡Usted de verdad que se ha caído de un guindo! —Sus labios, ya de por sí estrechos y trémulos, se frunció—. Y yo que ya andaba cavilando que a lo mejor me había venido a ayudar...

—Pero si ya le digo que simplemente me he perdido —se apresuró a decir—. Quería pedir indicaciones, pero luego la noche se me ha echado encima —Intentaba defenderse de la ocupación ofrecida—. ¡Por mí me marcharía ahora mismo si me pudiera aclarar cómo se llega a Mokuš desde acá!

—¿A Mokuš? —empezó a prestar oídos el otro.

—Sí —asintió.

—¿Exactamente a Mokuš? —Realmente parecía asombrado, y no poco.

—Sí —asintió otra vez—. Llevo todo el día buscando el camino allá.

Entonces, el viejo se giró a un lado y no dijo ni pío largo rato. Luego, acabó volviéndose de nuevo y se ríó en su cara.

—Pues si de verdad tiene tanta prisa por ir allá abajo... —Sacudió la mano hacia un lugar a sus espaldas—. Si eso es verdad... —dijo con una voz cambiada—. Entonces, hagámoslo así, espere un poco a que la hierre bien... —Señaló a la vaca—. Y luego, ¡pardiez que por lo que a mí respecta puede ir montado en ella! ¡Total, ella revoloteará igual hasta allá! ¿Adónde iba a ir si no, la moza?

[...]

7.

El párroco Jon Urski hizo un círculo por el fondo con el cucharón, pero la gran fuente ya estaba casi vacía. Esto le sobresaltó tanto que de un golpe dejó la cuchara y empujó su plato. El literato Lanšček echó una mirada al montón de huesos de ganso masticados y simplemente sonrió. Tal cual comían, parloteaban. Y, además, parecía no ser suficiente para ellos. Por suerte, la malhumorada mujer del anfitrión no planeaba traerles más.

—Bueno, y después, ¿qué? —suspiró el párroco.

—¡Ah, sí, después! —despabiló el literato—. Después, primero llegó una carta. Y en ella la nueva de Magda de que estaba encinta.

—¿Eh?! —eructó entonces Jon Urski.

—¡Sí, sí! —asintió varias veces el otro—. Marinka Straj incluso afirmaba que había muchísimas de estas cartas. Y que ninguna de ellas decía nada bonito y nada, nada amable.

El párroco eructó otra vez y tragó a duras penas lo regurgitado.

¿Tanto le había perturbado el relato del hombrecillo o estaba ahído de la grasa del ganso? En cualquier caso, ahora lo sentía tanto en la barriga como en el pecho y en la garganta. Sentía ganas de explotar. Por eso, se movió inquieto en el asiento, frotándose y tragando aire. Pero, después de ello, se sentía aún peor.

—¿Acaso no le ha sentado bien? —se preocupó el literato.

—No, no —negó—. Solo estaba pensando... —Frunció el ceño—. ¿Entonces qué? ¿Estaba encinta de él?

—Hum... —se agitó entonces Lanščak—. ¡Ya le he dicho que no íbamos a poder decirnos mucho! —Se encogió de hombros—. ¿Quién lo sabrá de verdad? Pero... —En ese momento, se rascó la calva—. ¡Si en realidad eso no es lo importante! Con el tiempo, Marinka Straj encontró en el umbral una espuerta.

El párroco Jon Urski se levantó y se agarró la barriga. Le resultaba horrible e insoportable, pero tenía que escucharlo.

—¿Una espuerta? —jadeó—. ¿Y qué es eso, una espuerta? —preguntó, si bien de alguna forma lo presentía.

—El retoño estaba en él, ¡claro! —afirmó el narrador.

Entonces, se acongojó tanto que se quedó paralizado. La repugnante sensación que le subía desde el estómago recorrió todo su cuerpo y, en un primer momento, le impidió siquiera moverse. Cuando luego comprendió que realmente iba a vomitar, ya era demasiado tarde. Agarró con ambas manos una vajilla vacía, de la que antes habían comido, y vomitó en ella. Después, sintió aún más arcadas, y así una y otra vez del mismo modo. A causa de estos implacables espasmos, se le asomaron lágrimas en los ojos y perdió completamente el aliento, así que solo veía a su alrededor como si mirara desde un sueño. El hombrecillo saltaba y aleteaba a su alrededor, mientras que la mujer chillaba a viva voz desde el umbral. Su horror sonaba como el gorjeo de un gran pájaro irreal y desconocido. En cualquier caso, estaba totalmente cambiada, desgreñada y enojada como la mismísima maldad.

—Ya me estaba pareciendo a mí que no se encontraba bien —dijo desde algún lugar el literato.

Él ya se sentía algo mejor ahora.

Y, además, le resultaba totalmente indiferente.

Se sentó en la silla que le habían puesto debajo y se cubrió la cara con las manos cruzadas. Pensaba al mismo tiempo en mil cosas y deseaba hacer el mismo número de preguntas. Pero, de alguna manera, aún no tenía la fuerza para reflexionar sobre todo ello. Sin duda, esta remota historia lo había perturbado. No le afectó ni un ápice menos que todo lo que se gestaba a su alrededor en esos días. A fin de cuentas, ¿no había dicho el literato que todo había empezado entonces? Pero, ¿qué era todo? ¿Era pecado amar u odiar? ¿Era la salvación la muerte o la vida? ¿El destino lo dictaba lo divino o lo maligno? ¿O se estaba gestando algo totalmente diferente y, además, quizá por simple casualidad?

—Señor Lanščak, ¿usted lo cree? —preguntó.

—¿Qué? —El otro lo miró fijamente desde muy cerca.

—Todo —No apartó la mirada—. Que realmente ocurrió esto. Que realmente había un crío. Y que ella lo chantajeaba con él...

—¿Sabe qué? Aunque no quisiera... —murmuró el literato—. Resulta que el crío creció y aún hoy sigue aquí. Pero, ¿realmente planeaba ahogarlo el difunto párroco Janoš Talaber? ¿Lo

salvó de verdad simplemente el buen corazón de la criada, Marinka Straj, que lo tomó como suyo? Lo más probable es que esto nunca lo sepamos. Y, por eso, podemos seguir haciéndonos cada uno nuestra propia idea.

—¿Y...? —se le ocurrió—. ¿Y Magda? —intentó por último.

—¡Si ya le digo! —El otro se acercó—. Hay un sinfín de historias; ahora se trata simplemente de cuál desea creer. ¿Que sigue viva y aún llora desconsolada en algún lugar más allá del monte? ¿Que, al igual que sus dos hombres, hace mucho tiempo ya que está en el otro mundo? ¿O que sigue errando por algún lugar entre el cielo y la tierra, volcando sobre nosotros su ira?

Entonces, el párroco Jon Urski apartó la mirada y se frotó los ojos.

—¿Y en cuál cree usted? —preguntó después.

—¿Yo? —suspiró el literato—. Yo por supuesto que creo que de verdad es ella. Piénselo, ¿por qué si no se aferra tanto a usted y amontona riquezas para esa desventurada iglesia?

—¡Espere un momento! —Le agarró su fría mano—. ¿Cómo que ella?

—Ella —resolló el literato—. La que la trajo la niebla.

